La última esquina

Manuel Tejedor Rábano

LA ÚLTIMA ESQUINA

Manuel Tejedor Rábano

Avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2026
© Manuel Tejedor Rábano, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:979-13-88206-92-4
THEMA: DCF — DC — DSB — DQQ — DXB
DEPÓSITO LEGAL M-16987-2026

Entregarse

Entregarse a la lluvia de hierba,
entregarse a la lejanía de camino,
entregarse al horizonte de nube,
entregarse al viento de veleta,
entregarse al trigo de molino,
entregarse al tiempo de ilusión,
entregarse a la luna de rielo,
entregarse al vapor de estela,
entregarse a las olas de viento,
entregarse a los pasos de camino,
entregarse al hambre de cosecha,
entregarse a la vida de cosa extraña que te repudia,
entregarse al vientre de simiente a la tierra,
entregarse a la luz negra de angustia de quien llora,
entregarse a tu amor de lluvia de manantial,
entregarse a la mina de río de plata,
entregarse a la guerra de bala.

Si miras a la muerte, la muerte te ciega la mirada,
con lágrimas azules del cielo del alma,
bosque de abedules, azaleas de tierra, corazón de sangre.
Aun el amor tiene formas de no gustarme que me ames.
Entregarse a ti como mi corazón al tuyo,
mar de plástico traslúcido que vela la mirada de los peces.

No se debe sembrar lo que otros cosechen,
agua de barro, estanque de rana, cloaca de rata.
Gangrenada herida de entregarse a la bala de la guerra.
La gata muerta en posición fetal está sobre la mesa de ajedrez,
avispas devoran sus ojos, que ya no ven.

Para ser el rostro de luz que alumbra las estrellas de lágrimas;
del titilar de las estrellas, dolor de respiración de los seres humanos;
en cuencas vacías de calavera se ve la profundidad del cosmos,
quijada en la hondura de la palabra.
Sin creerse Dios, sin crearse Dios, solo para no desfigurar la figura,
se reencarna uno con cara desconocida de uno mismo.
Amas otros rostros, otras almas, «todo lo perenne es fugitivo», dice
[la muerte.
Quebradizo de cielo está desangrándose en la albura del arrebol del
[ocaso.

Manos intemporales —nada es eterno— forjaron la vasija de barro
[de la vida.
Unas filigranas de tiempo de vuelo de murciélago están cicatrizando
[el quebradizo cielo.
Se aman los amantes, sus caricias rompen sus formas.
Entregarse a la bala como la guerra.
Nunca se resucita.
Nunca se renace.
¿Tras de qué vamos que nos entregamos?
¿Tras de quién vamos que nos entregamos?
¿Entregarse a la nada ya sin nadie?

Cuando se derrite

Cuando se derrite la nieve por mis lágrimas;
cuando en el lago la luna creciente bebe agua;
cuando en el puente nos cruzamos, mirándonos de soslayo;
cuando remamos, recogiendo las velas;
cuando el viento evapora nuestras lágrimas, cambiadas de mejillas;
cuando la balada del pasado vuelve a nuestros pechos;
cuando el cielo nocturno se acuerda de nuestras estrellas;
cuando el este se desliza lentamente hacia el ocaso como el sol;
cuando me abres la puerta de casa y no sabemos quién abre y quién [entra;
cuando los jazmines recogen de nubes la pureza de nuestras almas;
cuando somos los amantes de su fragancia y de nuestros corazones;
cuando en el escenario de los arrozales verdes somos el sonido del [viento;
cuando somos como una barca que deja estelas de lejanías en los [sueños de olas verdes;
cuando nadie te mira y tú te miras en el espejo del agua, fluyes de [manantial;
cuando te miro.

Si merece la vida

Si merece la vida ser amada por ella misma,
lo que hacemos uno a uno, es lo que hacemos todos;
lo que nos hacen uno a uno, es lo que hacemos todos.
Ahogados de pateras del Mediterráneo, ahogadas sus palabras,
quemados de las guerras sin cuerdas en la garganta,
arpas de violados, tocando las cuerdas rotas del alma.
¡Quién me diría a mí que la multitud es nadie!
La cara del miedo es una calavera sin cara.
¡Quién se atreverá a ahogar las madrugadas sin alba!
Óxido de lágrima forja el hierro de la mirada.
En las jorobas del camello, el corcho cruza el desierto,
navega la vida del camellero en mar de lágrimas.
Barquitos de papel quemados del sol de las caravanas.
Ella, con su desnudo de luna, ilumina las entrañas.
Le cortan un pecho con el acero de una cimitarra;
del otro, en vez de manantial de sangre, brota la Vía Láctea.
¿Dónde está el otro pecho que tanto miedo lo salva?
Tierra de violadores que desangran madrugadas,
con cantos rodados del río enfurecidos de calmas,
en que lapidan a la virgen que no quiso ser jaca.

Estrellas en el día, como si no existiesen.
La quería tanto que, cuando ella no me quiso,
quise alegrarme de que se fuese de nube errante a buscar otro cielo.
¡Los trabajadores del acero de infiernos salvadores
pagan más impuestos que el dueño de la acería para ganarse el cielo!
Los mineros del vientre de la madre tierra buscan la luz negra,
los aviadores quiebran la morada de los ángeles que son alma,
los marineros navegan líquido amniótico de las embarazadas
si merece la vida ser amada por ella misma.

Estrellas de la noche

Estrellas de la noche florecen de luz y candor,
alumbrando el éxtasis de la contemplación.
Apenas de un titilar ruborizado, sonreís con dulzor.
Apenas de un titilar pálido, matáis el instante de admonición.

Pájaros de la noche, que renunciaron a posarse en nidos,
en alas de abejas libaban el perfume de sus entrañas.
Absortos, los dioses los veían engendrar el vuelo perdido;
por su mirada en las constelaciones creadas, lloraban.

¡He aquí nuestro bien amado hijo como una criatura del cosmos
contempla lo inaprensible y sigue latiendo su corazón!
¡Debemos dejarle partir a la vida ya pronto,
porque ya solo es amor!

Arrancaron una pluma del ave blanca del alba,
sangraron la tinta negra de la noche más oscura y estrellada.
Le dejaron bajar al abismo de sus entrañas para buscar lo infinito de
[su mirada,
allí donde debería encontrar a su amada para amarla.

El árbol que contempla

El árbol que contempla el bosque asciende para serlo
desde las entrañas de la tierra hacia el vientre del cielo.
Brota en silencio desde el cubil del cuerpo hacia el alma,
donde palabras de viento suspiros exhalan.

Alguna hormiga trepa del hormiguero a la copa,
sin miedo de caer al abismo, unas alas brotan,
transparentes salen al aire del negro cuerpo.
Ahora, su templo de cueva es azul cielo.

¡Qué importa que los caminos de tierra se disuelvan,
qué importa que las estelas de mar de nubes perezcan
si en el cruce de caminos del corazón todos se encuentran!
Pero yo, mortal, amo las carnes, los cuerpos y las tierras.

Quizás el árbol soñó la estrella, quizás la estrella supo ser un árbol de
[lejos,
quizás la mar se disipe de estela o la nube de perdido camino del
[cielo,
mas quien una vez amó un instante de eternidad, quedó del amor
[eterno.
De la noche se apagan las luces de las casas, no quedan ya estrellas
[de paz ni sueño.

Deformidad del rostro

Deformidad del rostro de las guerras,
a la belleza del alma no le gusta su deformidad en los cuerpos.
Los que nacen esclavos desean morir libres.
Los que nacieron libres no desean morir esclavos.

No me des más dolor,
mi pena ya es de por sí mi poesía.
Frágil la vida, temporal el rastro,
rostro temeroso de que la felicidad se quiebre.

La guerra de las estaciones viene al bosque perenne.
Las órdenes de Dios no se discuten.
Quien me haga por odio su adversario
será el culpable de hacerme su enemigo.

Las guerras acortan las vidas,
inesperados inviernos de iniciadas primaveras.
Dioses de la paz fueron generales de guerras;
no hay generales de la paz que fuesen dioses de las guerras.

Aunque los cielos no lo saben, reciben a todos.
No hay bajas pequeñas de las batallas de las guerras.
Los ángeles de papel siempre arden.
Le ha nacido un hijo al general y muere sin conocerlo.

La paz es el camino de vuelta a casa.
Si Dios tiene ejércitos de fe, quiero ser un desertor camino de la
[razón de Lucifer.
Cada uno de ellos es un amado que ama en una casa,
no amará ya más ni será amado.

Ave de dos alas, Libertad y Justicia,
si no se despliegan por alguien, para nadie existe su vuelo.
Cuando se llora por alguien, se llora por todos.
Al beber del mismo cáliz hay sangre o veneno.

Hay soldados que saben que les ha llegado su hora,
aunque Dios no lo sepa aún, planeando el desenlace de la batalla.
Toda guerra está llena de batallas perdidas en ambos frentes.
Se dejan pelo, bigote, barba, como si la muerte no les reconociese; o,
[si mueren, para que sus amadas no los reconozcan.

Fría noche

Fría noche de invierno tan bella,
las estrellas, de emoción, pasaron de tintinear a temblar.
Eres lo que no eres, lo que te gustaría ser,
peleando con uno mismo, aunque uno mismo se ame.
Tu castigo divino al morir es ser recibido por tus tíos sanguijuelas.

Te miro, estrella, con tus ojos longevos.
Tú me miras con ojos de esta noche cargada de milenios,
adivinando si por tus carnes tiemblo,
si cumplo con la misión por ti a mí encomendada, la de hacerte
[temblar con mi palabra
o si he sabido ser de ti en lejanos parajes de lejanos tiempos.
Cuando como una madre me arropas con tu manto negro, para que
{no me despierte del sueño
de moldear de arcilla el búcaro de tu pensamiento,
de forjar en metal el ser que soy sin tu consentimiento
o de querer ser en uno mismo la creación de ser,
a pesar de que por mí derrames lágrimas de tu no convencimiento.

Instante

Instante en que florecen los almendros, la faz de esta estación queda
[eterna.
Con el aliento de los muertos echados de menos en el viento de los
[azares y destinos
ya sin poder envejecer a nuestro lado, lo invisible su forma hace
[visible.
Todo amor camina de la posesión al inmisericorde desastre.

Se corta el cordón umbilical, para que la vida teja su cordón de plata,
como si fuésemos del amor a la muerte en un engendrado juego de
[niños.
Hay un bamboleo de estrellas en una suerte de dados y canicas.
Ni una sola lágrima destruye un llanto, ni un rictus una sonrisa.

Libertad fue amiga incondicional de los pasos de los caminos.
Un día de tormenta nos llena de barro el alma, que pastaba prado.
El olor de hierba segada, convertida en briznas de la noche.

Como los héroes, no solicitan clemencia a los dioses por ser de
[mujeres engendrados,
por ángeles que descubrieron su sexo cuando les nació el amor antes
[del deseo;
sin renunciar, descubrieron su sexo cuando les hizo amar el deseo.

¡Teníamos corazón y no lo sabíamos! Fue la vida, deformándolo, la
[que nos lo descubrió.

He conocido la grandeza

He conocido la grandeza de alguien que, por ser de otra, dejó de ser.
Abandonó su cuerpo a los gusanos, que de su sangre vuelan.
Dejó su alma en el depósito de cadáveres de los alientos
cuando ya su corazón daba en la mano la última corazonada.

Existirá de nuevo, mas no recordará haber de santo existido.
Volverán sus pasos al camino que recorrió, ya desconocido.
Amará a las gentes que un día fueron seres queridos o enemigos,
aún el amor no recuerda que amó, ni el amar que fue amor.

Volverá de vida a muerte, de muerte a vida, sin nada comprender.
Corazón deshabitado, sexo de lluvia empapando la tierra.
En su frente, el cielo de tempestad empieza a clarear.

Los dioses que me miran tienen nuevos rostros o carecen de él.
La amada con que me acuesto no es la amada que recuerdo.
¿Por qué no puedo desandar el camino si puedo volver la vista atrás?

Los que beben del cáliz

Los que beben del cáliz del veneno comen del pan del hambre.
Los que devoraron a sus hijos, creyendo que les destronarían,
con sus miedos inmunes a los venenos de la conciencia,
no el de la muerte que les condena a seguir viviéndose,
desmembraron sus cuerpos ante la imagen de su pensamiento.
Se volvieron iconoclastas los que sus imágenes adoraban.
Se volvieron herejes los que por poder renegaron de su fe.
Los que se hicieron vasija se embriagaron de vino.

Hasta la lágrima ácida que corroe su mirada perdida,
dándose a elegir esto con los ojos ciegos que ven el deseo,
el corazón decide pararse ante la náusea o seguir latiendo ante el
[dolor.

Para ser santo no basta con ser la mitad del cielo, sino tener otra
[alma,
saber el nombre de todas las cosas y de sus seres,
aunque se le borre a uno el nombre de Dios por momentos.

Desde los paisajes

Desde los paisajes desconocidos de paisanajes evanescentes,
se acerca lo conocido que no se desvanece,
el ser que en los juegos nos va ganando lo que no es y no somos,
el miedo, tumor que inmortaliza nuestras células en reposo.

En el reloj que no quiere cifras, sino manecillas, desaguan horas de
[fuente.
El espejismo del desierto es ya el mismo que el del estanque del
[verano.
Bajo la arena, las ranas de vida saltan hacia el manantial de muerte.
Se rompe, quebradizo, el cielo como la tierra roturada del arado.

Un mago tira una piedra, arrancada de su alma con magia,
el espejo del estanque se hace mil añicos con mis mil caras.
En la superficie omnímoda de mi imagen se sumerge apenas un dedo
[de larva.
En el reloj que no quiere cifras, sino manecillas, horas de instantes
[desaguan.

Es apenas una gota de luz mi alma en la punta de sus dedos.
Solo le pido la última imagen de mi ser con mi amada,
pero ya no hay tiempo para el sufrimiento ni el recuerdo.
Aquel árbol desenraizado supuso que iba a morir, me ofreció su
última flor invisible para mis ojos ciegos de mirada quitada.

La gloria de un niño

La gloria de un niño es acertar, con hinque de hierro forjado;
los polígonos dibujados en la tierra húmeda, después de una lluvia de [otoño;
separados pasos, tirándolo de una forma a otra.
Sabe que puede deformar, por una gravedad de palabra, el espacio [tiempo del alma.

Viento del río, primavera de libélulas.
El río no muere de corazón de mar,
se aman azules sobre los amores verdes de las esferas.
Calles del pasado brotan de pétalos de jazmín sin más.

La soledad de hoy fue compañía ayer de venas sin cerrar.
El silencio de hoy habló de flor de loto.
El puente de piedra, en la noche de nuestro amor, fue tan sentimental.
La luna llena de abril maquillaba de amor tu rostro.

Esa noche, cuyo aroma aun cuando miras, crea ojos,
hace que mueran, precisos en el espacio tiempo, no en el medio, los [caminos diferentes
y da la vida a nuestras almas de ojos ciegos sosegados.
La gloria de un niño es acertar, con hinque de hierro forjado, el alma [de la carne amada suavemente.